FRENTE AL ESPEJO



ISEO

Las mantis religiosas me dan miedo. Me encanta el chocolate amargo. Cacao 90%, a ser posible. La gente mayor es una de mis debilidades. Las personas arrítmicas, otra. Me encanta viajar en tren. Soy acuario, aunque no sepa qué quiere decir, si es que significa algo. Soy habladora, espontánea y genuina. También cabezota. Viajar en avión me pone melancólica. A veces me pongo la peineta —figuradamente—, muy pasional con la vida. Otras, muy vikinga y racional. Vivo en constante búsqueda del amor y la belleza, en todas sus formas y representaciones. Aunque, ¿quién no?, me pregunto. Prefiero pasar el día entero con moscas que la noche entera con mosquitos. Las plantas me llenan de alegría. Tengo treinta y dos años. Recuerdo el año en que cumplí cinco años, el 5 de febrero, y mi hermana siete años, el 7 de febrero. La luz del día que más me gusta es la del final de la tarde, la que solo ilumina la parte superior de los edificios. O la primera del amanecer. También vivo en constante búsqueda de la luz. ¿Y quién no?, me pregunto también.
La vida.

Tras más de una década dedicándose a la música, seis álbumes publicados y una extensa lista de conciertos por todo el mundo, Iseo lanza su primera publicación como escritora. Esta colección de relatos viaja desde sus recuerdos de la infancia y juventud hasta reflexiones sobre las relaciones, la nostalgia y, por supuesto, la música. Sin artificios, sin edulcorantes. Reflejos de la intimidad de la artista Pamplonesa.

FRENTE AL ESPEJO

Iseo

FRENTE AL ESPEJO

IRAKURA
EDITORIAL

© Iseo, 2023
© Irakura Editorial, 2023

ISBN: 978-84-125990-1-5
Depósito legal: AS 00414-2023

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1ª edición: abril de 2023
2ª edición: abril de 2023

Ilustración y diseño de cubierta: Álvaro Arnaiz
Maquetación: Tamara Jiménez

A Mari Jose y José Angel,
por haberme enseñado a soñar despierta.

«No soy yo la que escribe, es alguien que me habita.
[...] Dentro de mí hay otra que no quiere dormir
y escribe hasta la aurora y espera que píe el primer pájaro
para cerrar el cuaderno y descansar.
Esa que no soy yo imagina y poda los textos
hasta dejarlos en nada, viaja a la semilla,
se sorprende con sus propias ideas,
baila con el ritmo de las palabras.
[...] Escribir es mi forma de pensar el mundo».

Todo lo que crece, CLARA OBLIGADO.

PRÓLOGO

Escribimos por muchos motivos. Hay hasta quien lo hace para ligar o vivir de ello. Unos pocos (muy pocos) hasta lo consiguen. Yo supe que quería dedicarme a escribir en cuarto de EGB, a la vuelta de las navidades, cuando nuestro maestro, don Antonio, nos pidió la clásica redacción sobre lo que habíamos hecho en vacaciones. Mi abuelo me había llevado al Sardinero a ver un partido del Racing contra el Figueras, una experiencia impactante a mis nueve años. Así que tomé el bolígrafo y el cuaderno, y redacté con todo lujo de detalles (nombres de los jugadores, estado del terreno de juego, descripción de los goles, reacción en las gradas) los vericuetos del encuentro. Entonces no tenía la menor idea, pero acababa de rematar mi primera crónica.

Como siempre fui un niño muy echado para adelante, cuando el profesor pidió voluntarios para leer el texto levanté la mano con valentía. Han pasado muchos años y tal vez mi memoria haya idealizado lo que sucedió, pero

recuerdo la reacción positiva de mis compañeros (no fue una ovación, pero casi) y el entusiasmo de don Antonio, un señor de unos cincuenta años, nostálgico del régimen y firme creyente de que la letra como mejor entra es con humillaciones verbales y algún golpe en la espalda del alumno. «Bretones», me dijo: «usted va a ser un gran periodista».

Tratando de encajar el halago, consideré muy en serio las palabras del maestro. Efectivamente, el periodismo podía ser una buena salida profesional si finalmente no prosperaba mi carrera de futbolista (que no había arrancado ni arrancaría). Si no podía vivir de jugar partidos, al menos podría cobrar por verlos y contarlos. Las ideas en la cabeza de un niño pueden durar segundos, minutos o toda una vida; y esta fue de esas últimas. Sin cumplir los dieciocho, aprobé la selectividad y me matriculé en periodismo. Fue una decisión casi impulsiva, muy poco meditada y que, al mismo tiempo, llevaba años masticando.

Decía que escribimos por muchas razones. En mi caso, a veces lo he hecho para ligar y para ganar dinero; con escasa suerte en ambos frentes. También por soledad y por despecho, por necesidad y obligación. Primero vinieron los cuadernos infantiles llenos de confesiones sonrojantes, después la vez que llegué a la final provincial del concurso de redacciones de Coca-Cola con un texto muy sentido sobre la lluvia y más tarde la adolescencia, con sus poemas, cartas y relatos. Luego el periodismo y los artículos sobre música, porque si mi carrera como estrella del rock no prosperaba, siempre podría dedicarme a escribir sobre las bandas que me gustaban.

Detrás de todo, estaban las manos llenas de tiza de don Antonio, con su voz grave y sus gafas de culo de botella, que

me empujaron cuesta abajo por un camino del que ya nunca me quise apartar. Así que a veces creo que simplemente escribo por inercia, como si esto fuera cosa del destino. Por eso hoy, a mis cuarenta años, pago el alquiler traduciendo textos económicos y, en mis ratos libres, sigo enfrentándome al folio en blanco, devanándome los sesos para encontrar el verbo preciso, evitando las dobles negaciones, las pasivas y los adverbios, y dejándome caer por el resto de lugares comunes de esta profesión tan sufrida.

En algún momento debí de hablar de todas estas cuestiones con Leire. Por eso, hace unos dos años, recibí por sorpresa un paquete con su nombre en el remite. Dentro, encontré el libro *Mientras escribo*, de Stephen King. Ella me había hablado de él y se había encargado de que llegara hasta mis manos. Recuerdo que era viernes y que tenía las maletas en la puerta porque me iba a pasar un fin de semana largo a Cercedilla, en la sierra de Madrid. Allí, entre paseos por el monte y comilonas, lo leí de cabo a rabo, entusiasmado por el relato vital de Stephen y su visión tan práctica y poco romántica de la escritura.

Para entonces, yo sabía que Leire llevaba varios meses, quizá más de un año, componiendo los capítulos que acabarían conformando este libro. Estos comenzaron a llegarme al email en la primavera pandémica de 2020, mientras medio mundo permanecía en sus casas viendo series y descubriendo los secretos de la masa madre. Leire, que también entonces hizo sus pinitos como panadera, aprovechó la calma chicha del confinamiento para sentarse a escribir. Pero en lugar de canciones, que es a lo que estaba acostumbrada, le salió la prosa. Palabras a borbotones. Anécdotas y

recuerdos. El hoy y el ayer. Fotos escritas de un álbum que se remontaba allí hasta donde le llegaba la memoria. Después de enviarme varios textos, me confesó que al principio no lo sabía, pero que creía que estaba escribiendo un libro.

En uno de mis capítulos preferidos, «Cómo se escribe una canción», Leire recuerda la primera que compuso y, también, la sensación de irrealidad de estar completando por primera vez aquella tarea creativa. Sin creer tener las herramientas para ello ni mucho menos pensar que esa labor acabaría siendo su profesión, los rasgueos de su guitarra y las frases apuntadas en su libreta se convirtieron en canción. Igual que los textos que comenzaría a escribir en el encierro se acabarían transformando en este libro. Entre uno y otro momento creo volver a ver el mismo patrón, esa misma inercia de la que hablaba. Primero, las canciones y, más adelante, la prosa. Ni la una ni la otra fueron demasiado meditadas; simplemente, cayeron por su propio peso. Como la fruta madura.

Además de dar respuesta a la pregunta del millón de euros, Leire dedica muchas otras páginas de esta obra a la música. Con saltos adelante y atrás en el tiempo, como la aguja que salta anárquica por los surcos de un vinilo, Iseo recompone su relación con la música desde su primer flechazo con una canción, su primera guitarra y sus primeras actuaciones hasta el día a día de su proyecto con Dodosound, con sus giras infinitas y rutinas profesionales. Solo por descubrirnos esas interioridades, este libro ya es un pequeño tesoro para todas y todos los que llevamos años disfrutando de sus canciones. Pero esa es solo una de las capas que envuelven el relato y quizá ni siquiera la más relevante.

Cuando conocí a Leire en 2015, los dos éramos recién llegados a Madrid y la puerta de entrada de nuestra amistad también fue la música, claro. Así que, como buena gente del norte, nos juntamos en cuadrilla y empezamos a ir a conciertos todos los sábados. Ahora, veo que lo más bonito de aquella época no fueron los grupos que vimos (no recuerdo el nombre de ninguno) sino las risas, las conversaciones y las cenas que íbamos organizando en casa de unos y de otros.

Algo parecido ocurre en *Frente al espejo*. Como recorrer cientos de kilómetros para ver el concierto de una de tus bandas favoritas, aquí la música es solo la excusa. Lo que realmente importa es el viaje, las anécdotas, las comidas ricas y, sobre todo, la amistad. Estos también son *leitmotivs* de esta obra narrada en primera persona (salvo en un par de capítulos) que a veces se disfraza de diario, a veces de ensayo y a veces de novela.

Escribimos por muchas razones. Por recordar y para olvidar. También, para llorar lo que se ha ido y celebrar lo que está. Leire quizá lo hace porque no le quedaba otro remedio. Ocurrió en el confinamiento, pero podría haber ocurrido más adelante. El caso es que, antes o después, esta colección de textos iba a llegar de todas formas. Pasando sus páginas, muchos de vosotros y de vosotras, que habéis llegado hasta aquí por la música, acabaréis conociendo a la persona que hay detrás. Al menos yo, a través de su escritura, sencilla y natural, he reconocido a mi amiga. Su valentía, su optimismo y sus ganas de compartir. Y en estas tres cosas reside la verdadera importancia de este relato. No sé por qué escribe Leire, pero sí que lo que pone sobre el papel transmite ganas de leer, contar y vivir. Por eso, después de terminarlo por